

El negro de Vargas Llosa

EDUARDO Riestra

El negro de Vargas Llosa

EL LIBRO QUE EL lector tiene en sus manos es una novela, es decir, una obra de ficción. Pero muchas de las cosas que se cuentan son verdad, como en todas las novelas. Por ejemplo, que el sol sale por la mañana y se pone al anochecer. Que el lector separe el trigo de la paja.

Yo te untaré mis obras con tocino
porque no me las muerdas, Gongorilla.

QUEVEDO

... castíguele su pecado, con su pan se lo
coma y allá se lo haya.

CERVANTES SOBRE AVELLANEDA

Manolete, si no sabes torear pa qué te metes.

POPULAR

A Mario Vargas Llosa
(mi familia tendrá que esperar)

INTRODUCCIÓN

«JUNAGRANDÍSIMAS», MURMURÓ EL ESCRITOR al abrir el sobre marrón acolchado que le acababa de entregar un mensajero en la puerta de su casa del Madrid de los Austrias. Había sonado el portero automático y al preguntar «¿Quién?», le habían soltado un grito:

—¿Vargas?

Pulsó el timbre que abre el portal al mismo tiempo que suena. Y el mensajero con sus brazos tatuados y su «*brinco de oro na orelha*», que diría María Bethânia, le entregó arriba lo que le habían entregado a él veinte minutos antes en la sede de Santillana, al otro lado de la ciudad. En el rápido trayecto había insultado a dos taxistas y una pija con todoterreno que paró la tanqueta en doble fila para soltar a su prole a la puerta de un colegio. El mensajero hacía tiempo que insultaba como quien respira, sin enterarse. Arriba entregó el paquete al hombre que le abrió la puerta oliendo a colonia. No sabía que se trataba de Mario Vargas Llosa. En realidad, no sabía quién era Mario Vargas Llosa. El que lo era sintió un ínfimo pellizco de humillación, pero cerró despacio. Acababa de ganar el Premio Nobel.

Al rasgar el sobre y extraer el libro miró el lomo. Una vieja costumbre de cuando los libros pegados perdían las hojas a la mínima de cambio. Pero no, claro, los pliegos del libro conformaban cuadernillos cosidos de treinta y dos páginas, como debe ser. En la cubierta, sobre un fondo rojo sucio, se veía la silueta de la cara de Casement, que enmarcaba medio mapamundi. Seguía pensando que era una cubierta confusa, pero él dejaba hacer. Cada uno a lo suyo.

Luego empezó a pasar rápidamente las páginas de atrás adelante, y sintió algo raro. Fue una décima de segundo, un destello. Volvió a desandar el camino recorrido, ahora más lentamente. Entonces lo vio: había una página en blanco.

«Jijunagrandísimas», volvió a murmurar, esta vez en un tono más alto. Luego, ya sí, soltó un grito:

—¡Patriciaaaa!

«MANDAGÜEVOS», se dijo para sí Emiliano Martínez, el presidente. Y de allí para abajo se desencadenó el alud que en los Andes peruanos llaman huayco, y que puede arrasar poblados y llevarse decenas de vidas por delante. El edificio de Torrelaguna comenzó a crujir y los teléfonos a morder. En la rotativa, doscientos cincuenta mil ejemplares de la primera edición de *El sueño del celta* fueron guillotizados y transformados de nuevo en pasta de papel. Mal empezamos.

CAPÍTULO I

EL 7 DE OCTUBRE de 2010, hacia mediodía, se hizo público que el Premio Nobel de Literatura de ese año había recaído en Mario Vargas Llosa. Lo recuerdo porque yo estaba viviendo un momento de gran tensión al contemplar cómo mi amigo el editor Jesús Egido robaba un libro de los viajes de Pierre Loti en el stand de Francia de la Feria del Libro de Frankfurt, que allí llaman Frankfurter Buchmesse. En realidad, se trataba de un hurto, porque no había violencia en las cosas y el objeto era de cuantía menor —y patrimonio francés, es decir, botín de guerra—. Tal como hacen los ganchos de los trileros en las calles de Madrid, mi misión era vigilar que no viniera nadie —probablemente era la hora del almuerzo, porque el estand estaba desierto—, y si sí, debía gritar como hacen aquellos: ¡agua! (Ahora bien, ¿no sería más correcto gritar *wasser*, que es como se dice en alemán? O, ya puestos, ¿debería vocear *l'eau* en el stand de Francia?). Pero no vino nadie, Jesús, con sus nervios de acero, fue rápido y eficaz, y todo salió bien.

El caso es que habíamos llegado aquella misma mañana en un grupo de editores de Madrid, al que yo pertenecía a pesar de no serlo —de Madrid, quiero decir—, y a bordo del avión de Lufthansa leímos en *El País* que la gran bruja de la edición, Carmen Balcells, quería vender la mitad de su agencia por medio millón de euros; y, como la cantidad nos pareció más que razonable, decidimos comprarla entre ambos. Luego le ofrecimos una participación a nuestro común amigo José Ángel Zapatero. Por desgracia a las veinticuatro horas el precio se había multiplicado (más tarde supimos que sería

el Chacal quien se llevaría el gato al agua). Pero aquella mañana, sumándose a la alegría de nuestra decisión y la impaciencia por hacernos con las cartas y los manuscritos de los escritores del Boom, cayó sobre nuestras almas libertinas —y un poco amigas de lo ajeno— el imaginario confeti de la noticia del premio.

Los días de feria fueron, como era de esperar, divertidos e inútiles, exceptuando el trofeo de Jesús, y a la vuelta nos perdieron las maletas. Yo me traje el carmín de un picotazo que me dio Isabel Casariego en el vuelo de regreso, que fue la culminación de un pícaro juego que se había desarrollado a lo largo de los tres días de Frankfurt, que consistía en que Isabel, cuando me veía sentado en el vestíbulo del hotel esperando a Jesús, echase una carrerita por el corto pasillo, diese un pequeño brinco y aterrizase elegantemente sobre mí, que la recibía con los brazos abiertos. Seguidamente caíamos con gran jolgorio por el suelo. Isabel era un amor. Pero no nos vayamos por las ramas.

Se sabía que el escritor peruano era un candidato perpetuo al premio sueco, y ya andaba incubando un síndrome de Estocolmo. Pero como el que la sigue la consigue, cuando menos te lo esperas salta la liebre y el que resiste gana, etcétera, llegó el momento que tenía que llegar. Mario, muy digno, fingió mostrarse sorprendido.

Los de la Academia Sueca, con gran falta de tacto —no sé si para chingar o porque simplemente son terraplanistas y creen que todos vivimos en la misma hora— lo telefonearon a su casa de Nueva York a las cinco de la mañana, pero se llevaron un chasco, porque el escritor ya estaba despierto y trabajando. Parece ser que cuando oyó al otro lado la voz del secretario general de la Academia, Peter Englund, creyó que era una broma, como yo cuando aprobé la selectividad. Luego ya, dado que en Suecia eran las 13:00, se comunicó la noticia a la prensa, y cuatro minutos después, alguien sacó botellas de Freixenet en el pabellón que los españoles compartíamos con otros países mediterráneos —griegos, turcos, tunecinos— del edificio ferial, que más parece una fábrica de tan-

ques de la guerra del catorce. Como un estand cercano se adornaba con globos de colores, empezamos a pinchárselos para simular cohetes, aunque la mujer que lo atendía, en vez de participar de nuestro festivo entusiasmo, amenazaba con llamar a seguridad.

Yo aún no sabía que allí estaba empezando mi modesto calvario. El que voy a contar en este libro.

CREO QUE será mejor que comience por mi primer encuentro con la literatura de Vargas Llosa. Fue hacia 1973, cuando tenía dieciséis años y él treinta y siete, y ocurrió a través de la novela *Pantaleón y las visitadoras*. Yo ya había oído hablar de *La ciudad y los perros* y de la *Conversación en La Catedral*, pero en aquella época estaba muy ocupado sufriendo. Leía obsesivamente las novelas de Sabato y me regodeaba con la muerte de Alejandra en el incendio del mirador de la casa de la calle Olmos de Buenos Aires. Me identificaba con el joven Martín y andaba muerto de celos de Bruno y, sobre todo, de Bordenave. Hubo una época de mi adolescencia en que *Sobre héroes y tumbas* era para mí como la Biblia para los testigos de Jeová. (Muchos años después, en mayo del año 2002, el escritor argentino se despedía de la vida con una gira por España dando conferencias, en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes que dirigía mi paisano, el poeta coruñés César Antonio Molina, y en Santiago, en el salón artesonado de Fonseca. A este último asistí yo, con el mismo estado espiritual con el que había acudido al convento de las Esclavas del Sagrado Corazón de mi ciudad un domingo cuando contaba con nueve años para hacer la primera comunión. A Sabato le llevaba mi pluma Parker de regalo y una carta. Ambas cosas se metió en el bolso una enérgica y poderosa mujer que lo acompañaba. No recibí contestación alguna. Y Sabato, que tenía noventa y un años, duraría aún otros nueve).

Sobre héroes y tumbas es una mezcla de Ayn Rand con Dos-toievsky, salteado con virtutas de Céline. En fin, demasiado para

un muchacho de dieciséis años que creía que la famosa carta de *Abaddón el exterminador*, «querido y remoto muchacho», iba dirigida a él. Por cierto que de *Sobre héroes y tumbas* también sacó tajada José Saramago con su informe sobre ciegos particular.

Lo cierto es que *Pantaleón y las visitadoras* era un libro demasiado frívolo para mi gravedad adolescente, que, como se ha visto, demandaba obras más profundas. Cuenta la historia del capitán cuyo nombre figura en la tapa, Pantaleón Pantoja, un militar modélico —pulcro, competente, disciplinado y discreto— al que le es encomendada una misión secreta: crear una compañía de prostitutas que alejen de las mujeres del lugar a la tropa del destacamento de la región amazónica de Iquitos: esposas, hijas y hermanas de los habitantes locales, que están hartos de abusos, violaciones y enamoramientos. Todo con mucho humor y mucha intención. Por cierto, que en Iquitos pasó una temporada en los años veinte el gallego Alfonso Graña, y desde allí se internó en la selva para convertirse en rey de los jíbaros huambisas, con los que vivió hasta su muerte en 1934. Pero esa es otra historia.

MARIO SE había pasado los últimos dos años escribiendo *El sueño del celta*, una novela biográfica sobre Roger Casement, un diplomático irlandés que fue súbdito de la reina Victoria, de su hijo Eduardo VII —que lo nombró caballero— y de su nieto Jorge V —que lo mandó colgar en la horca—, y todo esto en apenas quince años. En algún momento de esa época conocí por separado al escritor Vargas Llosa y a su nueva editora Pilar Reyes.

A Pilar, porque acababa de llegar de Colombia a ocupar su puesto en Madrid y todavía tenía muchos huecos en su agenda. Me la presentaron mis amigos Paco y Ana Cálamo, los propietarios de la librería zaragozana del mismo nombre, en uno de esos fastos que todos los años montan con los premios literarios que conceden

sus lectores, que siempre aciertan. Es un día del año que el mundo de la edición apunta en rojo y para el que conviene separar una caja de Alka-seltzer. Pilar asistía aquella vez para apoyar a su premiado Manuel Vilas, que tantas alegrías le iba a dar después con *Ordessa...*, tantas, que más tarde Planeta decidió ir al Valle de los Reyes a descubrir la momia de Tutankhamon, por decirlo figuradamente.

A Mario porque, cuando él estaba trabajando en su libro, yo preparaba un volumen con los diarios del viaje de Casement a la Amazonía en 1906, que había que editar y traducir. Y sabiendo que él estaba con lo suyo, le envié lo mío. Luego, un día, nos vimos las caras. Ocurrió en México y fue más o menos así:

Yo me sentía como un niño en Hamleys mientras revolvió los estantes en el espacio de Porrúa, que era como un túnel del tiempo: reediciones de libros de los años cincuenta a los que no se había tocado una coma, con sus erratas intactas, sus textos a dos columnas y sus traducciones decimonónicas, valga el anacronismo. En el inmenso recinto de la Feria del Libro de Guadalajara se respiraba tranquilidad. Algunos pequeños grupos de comerciales, dos, tres personas, mantenían sus reuniones en voz baja, repasaban listados, rellenaban pedidos. Eran las horas en que el pabellón se mantenía cerrado al público y se dejaba para los profesionales. Se oía una lejana e irreconocible música ambiental.

Y, de repente, se desató una hecatombe. El estruendo inundó aquella atmósfera beatífica en lo que parecía el derrumbe de algo inmenso y metálico, pongamos la Torre Eiffel o el puente de Brooklyn. Pero no, claro. Se trataba de una numerosísima banda de mariachis que, con sus violines, sus guitarrones y sus trompetas, se desataba gritando con desaforado entusiasmo: «¡Guadalajara, Guadalajara, Guadalajaraaaa!».

Yo salí escopetado al pasillo central de donde provenía la música. Y allí, en medio de todo, estaba ella, Nubia Macías, sonriente y feliz, al frente de lo que parecía una revuelta. Tras ella, una azafata vestida como tal —chaqueta ceñida y falda tubo—, que llevaba

en las manos levantadas sobre su cabeza un cartel en que se leía «Premio al mejor stand 2009». Detrás los mariachis —que ahora dicen que se dice en singular, que mariachi es el grupo, como lo de la paellera y la paella—; y detrás los feriantes que se iban uniendo al desfile, cada vez más numeroso, ruidoso y festivo. La estrategia era deambular por los pasillos anchos y estrechos, caracolear, pasar varias veces por delante del premiado hasta entonces secreto, que descubría que lo era cuando finalmente el grupo se detenía ante él y retomaba con más brío lo de «Tienes el alma de provinciana, hueles a limpio, a rosa tempranaaaaaaa». Todos aplaudimos mucho cuando se entregó el diploma y seguimos un rato escuchando al mariachi, hasta que la muchedumbre se fue deshaciendo. Y entonces Nubia se acercó a mí y me dijo confidencial y guiñándome un ojo:

—Vargas Llosa quiere hablar contigo. Está en mi despacho.

Yo sabía que el peruano andaba por allí, porque figuraba profusamente en el programa de la feria, de la que llevaba varios años ausente, y la tarde anterior lo había visto repartiendo bendiciones *urbi et orbi*, tras participar en la presentación de un libro fotográfico sobre su propia vida, que es lo más cercano que se puede estar de la posteridad o del santoral. Se movía entre las masas como Jesucristo sobre las aguas.

Me dirigí a la puerta medio escondida, subí las escaleras metálicas que llevan al altillo del despacho, que parece un contenedor, y allí me encontré al novelista, sentado, ojeando un folleto del programa de Italia, que era el país invitado. Al verme lo cerró, se levantó y me saludó amable y cauteloso. Yo le estreché la mano y ocupé una silla frente a él. Nubia cerró la puerta por fuera. Lo que entonces me dijo dio a mi vida un giro insospechado.

A José María Arguedas me lo descubrió Javier Reverte. Yo ya había visto su nombre en alguna portada, creo que en la de *Todas las san-*

gres, pero jamás lo había leído hasta entonces, y ni siquiera tenía la certeza de que no fuera un escritor navarro. Ahora sí la tengo. De que no. El caso es que Javier, que había pasado temporadas en Centro y Sudamérica —de lo cual había escrito tres novelas a las que llamó trilogía—, guardaba una antigua postal en blanco y negro en que se veía a unos campesinos de un pueblo de los Andes que llevaban un inmenso cóndor sujeto por las alas desplegadas, que ocupaban totalmente el ancho de una ancha calle. Se trataba de un animal cazado para participar en la *yawar fiesta*, que es como se dice en quechua «fiesta de la sangre». Atan al cóndor al lomo de un toro bravo y los dejan a ambos que se despedacen mutuamente. Una animalada. Y me habló de la novela de ese título, *Yawar fiesta*, de José María Arguedas.

Cuenta la historia de un pueblo de los Andes peruanos, Pucquio, que se prepara para celebrar la fiesta nacional del 28 de julio. Y, como acontecimiento principal de la misma, una *yawar fiesta*. Con ese fin mandan unos hombres a la sierra para atrapar al temido Misitu, más que un toro bravo, una leyenda viva. Y, mientras tanto, llega noticia de que el gobierno de Lima quiere acabar con las tradiciones incivilizadas y que prohíbe la corrida.

Cuando leí el libro, que no alcanzaba las doscientas páginas, me encantó. Era extraño. Hablaba de un mundo desconocido, polvoriento, el que muestran las fotografías de los bebedores de chicha de Martín Chambi. Y su prosa plagada de quechua, se llenaba de úes y de ces, de haches, de íes griegas, y empezaba a sonar como pisadas sobre la hojarasca o el chasquido en un roedor nocturno. Entonces me enteré de quién era José María Arguedas, de que llevaba muerto cuarenta años y de que su viuda tenía un nombre mitológico. Se llamaba Sybila Arredondo, había conocido a Arguedas en casa de Neruda y había pasado catorce años en las cárceles de Fujimori acusada de colaborar con Sendero Luminoso, la organización terrorista maoísta de la que hablará Mario en su novela *Lituma en los Andes*. A ella tenía que dirigirme si quería publicar